

Costa Rica en la Copa América Centenario: entre la utopía y el síndrome de Sísifo

Costa Rica in the Copa América Centenario: between utopia and Sisyphus syndrome

Sergio Villena Fiengo¹
Universidad de Costa Rica

Recibido: 05 de agosto de 2016.
Aceptado: 08 de octubre de 2016.

Desde hace aproximadamente un siglo, el fútbol en Costa Rica se ha convertido en un “juego patriótico”, pues ha cumplido un importante papel en el afianzamiento de un sentimiento nacionalista. Desde que en 1921 se conformó la primera selección nacional con el fin de participar por primera vez en un torneo internacional (los Juegos Centroamericanos del Centenario, disputados en Guatemala y campeonizados en fútbol por Costa Rica), el balompié internacional se ha convertido en una arena pública donde periódicamente se protagoniza el drama nacionalista. Ese drama consiste en escenificar disputas rituales en las que se pugna frente a los rivales de circunstancia no sólo por abonar al prestigio deportivo y al orgullo nacional, sino que el desempeño deportivo de la Sele suele ser considerado incluso como una suerte de indicador, como dice una canción popular- del “honor de los Ticos”.

Ahora bien, hasta ahora esa disputa deportiva por el prestigio nacional costarricense es algo que atañe de manera principal a las selecciones masculinas mayores, las cuales alentadas por una afición que, sin embargo, trasciende en buena parte a la población masculina e incluye también a la población femenina, convocando además a muchos detractores habituales del fútbol- protagonizan sus “duelos” por el “honor” nacional en distintos escenarios y eventos internacionales. Estas arenas deportivas pueden ser ubicadas en tres niveles o escalas, las cuales vienen a constituir lo que podríamos denominar el “*soccerscape*” internacional del fútbol costarricense de selecciones “absolutas”: el nivel regional (que empieza a operar en 1921 y persiste hasta hoy), la escala continental (a la que Costa Rica se incorpora en los años 50s y al que regresa esporádicamente desde los 90s) y el nivel mundial, al que la “Sele” ingresa por primera vez al iniciar la década de los 90s.

La escala más próxima es, desde luego, la regional. Ahora bien, lo “regional” en este caso tiene una geometría flexible, pues abarca en su margen más estrecho a los países de Centroamérica (UNCAF), pero se extiende también a Centroamérica, Caribe y Norteamérica (CONCACAF). En una escala mayor, aunque intermedia, se encuentra la totalidad del continente americano, aunque cabe aclarar que actualmente no existe un evento que abarque la totalidad de la región, como ocurrió en los años 50s con los campeonatos Panamericanos. Lo que hoy tenemos a nivel continental es un torneo que abarca lo que podríamos denominar Suramérica extendida (Copa América), el cual ya desde hace algún tiempo incorpora con cierta regularidad, aunque no de manera plena, a algunos equipos

1 Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura (Universidad de Costa Rica), Maestría en Ciencias Sociales (FLACSO Sede México), Licenciatura en Ciencias Económicas (Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba-Bolivia), correo electrónico: sergio.villena@ucr.ac.cr. Dedico este texto a David Quitián, quien con su entusiasta amistad académica y deportiva, me dio el impulso necesario para concluirlo.

continentales extra regionales, como México, EEUU y, ocasionalmente, Costa Rica y algún otro país centroamericano, como Honduras.

El escenario futbolístico mundial, que constituye la escala mayor, como es ampliamente sabido, se inaugura en 1930, cuando se realiza la primera Copa Mundial, otorgando la sede al país que había obtenido el lugar de privilegio en las disputas realizadas bajo el paraguas de los renacidos Juegos Olímpicos. Así, la primera Copa Mundial es disputada en Uruguay, cuyo representante obtiene nuevamente el título de campeón mundial en un evento que, por lo demás, adquiere una importante significación nacionalista, en tanto queda enmarcado en las celebraciones del Centenario de la Independencia de las naciones Latinoamericanas. Sin embargo, Costa Rica estuvo ausente durante sesenta años de los escenarios mundialistas, ya que será recién en 1990 que logrará ingresar en las fases finales de un campeonato mundial. Es cierto que, desde los años 70s, Costa Rica ya venía participando en procesos eliminatorios, pero para fines de este breve ensayo eso no implica un ingreso a la escala global, ya que en esas instancias enfrenta únicamente a rivales del área de la CONCACAF, disputando encuentros dentro de la geografía regional.

En este breve texto nos vamos a ocupar del principal torneo que se disputa en el nivel intermedio, es decir, vamos a situarnos en la escala continental, aunque no por ello vamos a prescindir de algunas referencias a los otros niveles, los cuales nos servirán como parámetros de comparación. Para mayor precisión, cabe señalar que nuestro referente principal la Copa América, la cual históricamente constituye el primer evento de esa escala (inicialmente subcontinental, pero con tendencia a devenir en continental) y naturaleza creado a nivel mundial. Nuestro propósito es revisar a vuelo de pájaro la forma participación de Costa Rica, así como su desempeño, en esa arena de competencia deportiva continental entre representaciones nacionales “absolutas” y, con base en ello,

conjeturar algunas ideas acerca del significado que ese torneo tiene para el nacionalismo deportivo costarricense.

Costa Rica, al estar confinada en la geografía deportiva de la CONCACAF, ha tenido como rivales históricos a los representativos de la región centroamericana o, más ampliamente, de Centroamérica, Caribe y Norte América. Por ello, ha tenido una relación particular con la Copa América, lo que hace que este evento tenga un significado distinto para este país -compartida probablemente también para otros equipos centroamericanos, como el de Honduras-, en relación con los países de Suramérica, que de forma “natural” están incorporados en la competición, o incluso con otros equipos que, aunque también forman parte de CONCACAF, han sido regularmente incorporados -por razones principalmente económicas- a la competición en las últimas décadas, como México y EEUU. Al no ser parte de la CONMEBOL y por ser un país con una audiencia/afición pequeña, Costa Rica no forma parte de los equipos habituales de ese torneo, aunque -gracias en buena parte a su desempeño a nivel regional y también mundial- ha tenido la oportunidad de participar en algunas ocasiones por invitación, lo que, por otra parte, siempre genera incertidumbre respecto a su participación, la cual-al no estar institucionalizada- depende en definitiva de la buena voluntad de los organizadores.

Antes de revisar el desempeño de Costa Rica en la Copa América, es oportuno recordar cuál ha sido el desempeño de Costa Rica en su propia región deportiva, así como en los escenarios mundialistas, ya que eso nos permitiría calibrar mejor el significado de su participación en los eventos continentales. En Centroamérica, Costa Rica es el equipo con mejor palmarés, ya que ha obtenido un total de ocho títulos entre 13 disputados en UNCAF y siete de su predecesora, la Copa CCCF. En la actual Copa de Oro, que se disputa en la región ampliada (Centroamérica, Caribe y Norteamérica, agrupada en la CONCACAF; en sus últimas ediciones, este torneo ha tenido

como sede a EEUU y ha incluido algunos invitados extra regionales, como Brasil), Costa Rica nunca ha obtenido el título de campeón, alcanzando sólo en una ocasión el subcampeonato, en el año 2002. Sin embargo, la Sele cuenta con tres títulos (1963, 1969 y 1989) en el extinto Campeonato Concacaf de Naciones, anteceso de la Copa Oro.

Ahora bien, como es sabido, entre las confederaciones (sub)continentales definidas por la FIFA, CONCACAF acumula mucho menos prestigio deportivo que la CONMEBOL, que en este rubro solo se mide con la UEFA. Esta afirmación no requiere mayor justificación que un dato histórico contundente: en conjunto, es decir, sumando los campeonatos mundiales obtenidos por los equipos miembros, la confederación suramericana atesora nueve títulos de campeón mundial en la división “absoluta”, en tanto su homóloga no ha obtenido hasta ahora un solo título. Entonces, parece natural que, habiendo afirmado una posición de privilegio en su propia área, la Copa América sea un escenario apetecido por un equipo con aspiraciones como Costa Rica, en tanto una actuación destacada en el mismo le permitiría tanto incrementar su prestigio deportivo, como proyectar al continente su imagen de “país con buen futbol” o, incluso de país con “mayor desarrollo relativo”.

Dicho de otro modo, el fútbol costarricense, que por lo demás está imbuido de un persistente síndrome de David contra Goliat, así como está entusiasmado por sus habituales buenos resultados en el marco de la CONCACAF, ha aspirado desde hace mucho tiempo a medirse con los “gigantes” del fútbol suramericano. Para los costarricenses, que se identifican con David, jugar partidos y asistir a torneos donde participen Goliat de gran prestigio como Argentina, Brasil y Uruguay, para señalar los más prestigiados del continente, es considerado siempre una excelente oportunidad para demostrar el nivel y la capacidad del fútbol costarricense e, incluso, como una oportunidad para “derrotar al gigante” y “hacer historia”.

El antecedente más importante es esta búsqueda de capital simbólico deportivo a nivel continental son los campeonatos Panamericanos realizados en 1956 (con sede en México, tercer lugar) y 1960 (con sede en Costa Rica, cuarto puesto). En ambas ocasiones, la representación de Costa Rica se enfrentó a Brasil y Argentina, obteniendo resultados que sorprendieron a todos, incluidos los propios costarricenses. La brillante actuación de los “chaparritos de oro”, como se denominó al equipo tico de entonces, implicó un salto hacia adelante en la trayectoria futbolística nacional, hasta entonces exitosa dentro de los límites de Centroamérica y el Caribe. Pero esos campeonatos panamericanos fueron discontinuados y Costa Rica volvió por un tiempo -aproximadamente dos décadas- a enfrentarse exclusivamente a los representativos de su vecindario.

El “encierro” en CONCACAF habría de ser superado a inicios de la década de los 90s, cuando Costa Rica clasificó, de manera algo fortuita, a una fase final de la Copa Mundial por primera vez, alcanzando -para los estándares locales- un éxito inesperado. El paso a octavos de final (con un empate frente a Brasil, resultado ante el cual un periodista declaró, resumiendo lo que parecía ser el sentimiento nacional: “0 a 0 contra Brasil es un gran triunfo”), desató la apoteosis en el país. La “gesta mundialista” de Italia 90 fue vivida como un momento profundamente emotivo por la ciudadanía costarricense, que sentía que por fin “hacia Historia” y “figuraba en el mapa”. Más aún, como declaró -en un raptó de desmesura mística- el entonces presidente de la república, los éxitos de la *Sele* fueron considerados por no pocos costarricenses como: “lo más grande que nos ha dado Dios.”

Pero ese auspicioso logro futbolístico no pudo ser replicado en las justas mundiales inmediatamente posteriores, sembrando de nueva cuenta dudas sobre el nivel futbolístico del país. Luego de fracasar en los procesos eliminatorios disputados en CONCACAF con vistas a participar en las fases finales de las Copas

Mundiales de Estados Unidos 1994 y Francia 1998, el representativo de Costa Rica volvería a participar en esas instancias del mundial de fútbol en dos versiones sucesivas: Corea-Japón 2002 y Alemania 2006. En ambas ocasiones, la *Sele* tuvo un desempeño bastante modesto, pues no pudo siquiera igualar la hazaña de pasar a octavos de final, como había ocurrido en Italia 1990. En realidad, ni siquiera pudo repetir el sufrido pero celebrado empate con la *verdeamarela*, equipo que vapuleó a la *Sele* con un contundente 5-2 en el Mundial del 2002.

En este mismo periodo, en el cual poco a poco Costa Rica se ganaba trabajosamente y con altibajos un espacio en la órbita del fútbol mundial, la *Sele* fue invitada en cuatro ocasiones a participar en la Copa América. La primera participación tuvo lugar en la versión realizada en Bolivia (1997), la segunda en Colombia (2001), la tercera en Perú (2004) y la cuarta en Argentina (2011). En su primera participación, Costa Rica fue eliminada en la fase de grupos y quedó en décimo lugar en la tabla general. En las dos siguientes participaciones, mejoró su desempeño y, aunque no figuraba entre los favoritos, clasificó a cuartos de final y terminó en ambos casos en un aceptable puesto 5 y 7 de la general, respectivamente. En la cuarta participación, su desempeño fue nuevamente a menos: fue eliminado en la fase de grupos y terminó en un noveno lugar de la tabla de clasificación.

Sin lograr el esquivo éxito en el nivel continental, el nuevo momento apoteósico del fútbol costarricense fue, qué duda cabe, el protagonizado en la Copa Mundial Brasil 2014, torneo al que Costa Rica volvió luego de quedar fuera de Sudáfrica 2010. Luego de un accidentado proceso clasificatorio y contra los pronósticos más entusiastas, en esta cuarta participación en la más importante de las competiciones futbolísticas a escala global, la “pequeña” Costa Rica superó incluso su mejor actuación hasta entonces (Italia 90). Con la conducción del colombiano Jorge Pinto, la *Sele* desplegó un fútbol ordenado y por

momentos sorprendente, lo que le permitió clasificar primero a octavos de final, para luego ascender por primera vez hasta los cuartos de final, donde fue derrotada por penales. De esa forma, Costa Rica alcanzó a grabar su nombre entre los ocho mejores equipos de esa Copa Mundial. Demás está decir que el país entero estalló en duradero y festivo éxtasis.

Es precisamente luego de esa espectacular actuación mundialista que Costa Rica es nuevamente invitada en el año 2016 a participar en una Copa América, la cual por lo demás celebra su centenario y se realiza por primera vez, en un país que no es Suramericano. La sede en esta ocasión fue, no sin ironía, uno de los países menos futboleros del continente, aunque ciertamente el que tiene mayor potencial comercial para un torneo de este tipo, como quedó demostrado: Estados Unidos. Dado su reciente éxito, el reto que enfrentaba Costa Rica en este torneo centenario no era simplemente hacer un buen papel y poner a prueba su valía frente a los “gigantes” suramericanos, sino mostrar que lo ocurrido en los escenarios brasileños no había sido un hecho fortuito o casual, fruto del azar futbolístico que, pese a todo, suele engendrar agradables sorpresas de vez en cuando. Es decir, para la *Sele* se trataba de demostrar que Costa Rica había llegado muy alto por mérito propio y “para quedarse” allí.

Pero, nuevamente, los resultados no estuvieron a la altura de las expectativas generadas por el ahora denominado con sentido orgullo el “equipo sorpresa de Brasil 2014”. Aunque Costa Rica protagonizó en los escenarios deportivos del norte un papel “decente”, ciertamente fue un actor secundario en ese drama. El décimo lugar obtenido en la clasificación general dista mucho de estar acorde y menos aún de ratificar el nivel alcanzado en la última Copa Mundial. Con esos modestos resultados, parece obligado concluir que, aunque el fútbol costarricense ha seguido una trayectoria sinuosa pero al fin y al cabo ascendente dentro del fútbol mundial, no ha logrado todavía consolidar esos logros en el marco de los torneos continentales. Es decir, el fútbol

costarricense continúa sujeto a fuertes altibajos que lo hacen impredecible en sus rendimientos a nivel continental, lo que sin duda produce frustración para las aspiraciones del nacionalismo deportivo tico.

En definitiva, queda claro que, transcurrido casi un siglo de triunfos regionales y más de medio siglo desde la gesta fundacional en la escala continental protagonizada por los “charritos de oro”, así como de dos destacadas –aunque distantes– actuaciones en la arena mundial, el fútbol costarricense ha logrado acumular en su palmarés importantes logros y gozar del consecuente prestigio. Pero, parece también evidente que ese estatus deportivo no logra consolidarse plenamente más allá de la escala regional, ya que sus notables desempeños ocasionales a escala mundial no parecen suficientes para consolidar una posición de protagonista o favorito, y menos aún para ser reconocido como una potencia deportiva; por contraparte, sin embargo, queda claro también que el prestigio acumulado hasta ahora ha subido el listón al nacionalismo deportivo nacional y le exige a los representativos costarricenses algo más que participar decorosamente, acumular experiencia o hacer un papel decente.

Después de alcanzar los cuartos de final en una Copa Mundial, hoy el equipo costarricense se ve obligado a mostrar de manera permanente un elevado desempeño y dejar de lado las frases del tipo “cuando queremos, cuando hacemos las cosas bien, podemos demostrar nuestro potencial”. Es decir, habiendo acumulado importante capital deportivo más allá de su entorno inmediato, hoy al equipo costarricense no le basta con arrancarle a duras penas a un empate a un rival poderoso para obtener un gran triunfo. Desde luego, Costa Rica no está todavía en la situación de Uruguay, que en su momento tocó el cielo deportivo y hoy carga con un pasado glorioso que, conforme pasa el tiempo, parece pesarle demasiado a las nuevas generaciones. Pero me atrevería a conjeturar que Costa Rica tampoco está inmunizada contra las a veces paralizantes consecuencias de los propios éxitos. En todo caso, pese a que a veces pareciera que también se sufre el síntoma de Sísifo, la utopía se mantiene activa, ya que –seamos optimistas– Costa Rica aún no ha tocado techo en el universo futbolístico continental y mundial. Ya veremos.

Setiembre de 2016.



